

compañero la manera de hacer ciertas cosas. Lo malo es que en tales casos, imitaba la risita de su padre y llamaba al otro « Señor *Vrancés*. » Miguel sentía hervirle la sangre ante la insolencia del hijo aun más que en presencia de la del padre, pero se esforzaba en contenerse.

LXXXV. — EXPLOSIÓN.

Esta aparente tranquilidad no parecía agradar á Frank; mientras más insensible parecía la víctima, más renovaba él sus ataques.

Sin embargo, un día Miguel, ya exasperado, le dijo :

— Señor mío, si quiere V. cuestiones conmigo, hace mal, pues no creo que esto haga adelantar el trabajo. Procuraré evitarlas en lo posible.

Esta sangre fría irritó á Frank.

— No me extraña, contestó con su risita acostumbrada; ya conocemos el valor de los franceses.

— Tienen tanto como los alemanes, replicó el joven alsaciano con animación.

— Ya se vió en 1870.

— ¿ Se atreve V. á decir que los alsacianos no hicieron cuanto era posible para no-ser alemanes?

— Ah, si todos nuestros soldados hubieran hecho lo que mi padre en Myrbach, replicó Frank, sus esfuerzos no hubiesen servido de gran cosa.

— ¿ En Myrbach? exclamó Miguel.

— Sí, fusilando sin piedad á cuantos campesinos tenían la audacia de defenderse.

— ¡ Fusilando!

— Parece que había allí, siguió diciendo el joven, un viejo y su hijo que no querían rendirse. ¡ Qué locura en dos hombres tratar de resistir á veinte! — La cosa no duró mucho... El joven murió en la pelea

y el viejo... detrás de la casa... mi padre mandó el fusilamiento.

— ¡ En Myrbach! ¡ Un anciano fusilado...! ¡ De modo que su padre de V. fué quien asesinó á mi abuelo! gritó Miguel fuera de sí.

É iba á precipitarse sobre Frank, que continuaba riendo; pero otros dos empleados se interpusieron.

En este momento se abrió la puerta y apareció el Sr. Haldeck. Probablemente había llegado hasta su cuarto el ruido de la disputa y había adivinado la causa. Pareció muy contrariado y con un gesto de descontento, mandó á su hijo que pasara á su gabinete. Después se dirigió á Miguel con tono más suave que de costumbre y en que se notaba algún embarazo.

— Señor Móser, dijo, la guerra...

Pero el joven no estaba en situación de oír. Separando por la fuerza á los que querían detenerle, salió precipitadamente del despacho y de la casa, encaminándose á uno de los parques públicos de la ciudad.

Primero dió rienda suelta á su pena, aliviándose con un diluvio de lágrimas que dejó correr en libertad pues á aquella hora estaba el paseo desierto; pero después, la ira y la indignación lo dominaron, viniéndole á la mente proyectos de venganza. ¡ El asesino de su abuelo! ¡ Cuántas veces había oído que su padre lo maldecía!... ¡ La Providencia lo ponía frente á él; iba á poder vengar á su familia!

Sin embargo, poco á poco volvió á quedar en calma su espíritu. ¿ Qué podía hacer un joven como él? Con todo, comprendía que no le era posible volver á ver al hombre que derramara la sangre de los suyos. Así fué que resolvió no volver á la oficina. Hasta la idea de seguir en Bombay y de hallarse expuesto á encontrarse cara á cara con el alemán le

pareció tan horrible que acabó por tomar un partido extremado, el de abandonar inmediatamente la capital.

Así fué que volviendo á la pequeña fonda donde se alojaba, pagó, reunió su modesto equipaje, y no queriendo respirar ni un día más el mismo aire que los dos alemanes, salió de Bombay.

LXXXVI. — SUEÑO INTERRUMPIDO.

Caminando siempre en línea recta salió al campo por un camino que ostentaba en sus bordes elevados tamarindos. Mientras andaba se decía : ¿ Qué voy á hacer ? ¿ Cómo me ganaré la vida ? Si no se hubiese marchado de Bombay, la cosa era fácil, pues aun cuando no hubiese encontrado un puesto tan lucrativo como el perdido no le habría faltado ocupación en una ciudad tan industrial. Mas, dada su repugnancia á volver, tenía que buscar otra cosa.

Paróse para reflexionar en la escalera ó escalinata de una pequeña pagoda derruida, que le proporcionaba un poco de frescura y sombra ; pero el cansancio que en todo su ser habían producido el calor y la emoción lo sumieron en profundo sueño.

De pronto sin embargo le pareció que soñaba, pues oyó una voz que decía : « ¡ Qué bruto, que majadero, qué imbécil ! » repitiendo la exclamación en media docena de idiomas distintos.

Miró y se encontró con un joven, cuyo traje parecía, como su idioma, compuesto de elementos de todos los pueblos de la tierra. El tal seguía exhalando su mal humor de mil distintos modos. Detrás de él se veía una máquina fotográfica.

— ¿ Qué quiere V. ? preguntó Miguel, medio dormido todavía.

— Pues hombre que se quite V. de ahí. ¿ No ve V.

que me está estorbando ? Vengo expresamente de Bombay para sacar la fotografía de esta pagoda y en la hora, en el momento preciso me lo encuentro instalado ahí... Y hace una hora que no hago más que pegar gritos.

— Lo siento, contestó Miguel levantándose rápidamente.

— Dispense V. mi brusquedad y mala crianza, replicó el extranjero al ver que no tenía delante un vagabundo ; pero esta pagoda es tan bonita que hubiera sentido irme de Bombay sin llevarme su imagen.

— ¿ Se marcha V. de Bombay ?

— Sí, ya no tengo que hacer en la ciudad. He fotografiado los palacios más suntuosos, las pagodas más bellas y los puntos de vista más pintorescos. De aquí voy al camino de hierro de Calcuta, donde he dejado mis bagajes. Tengo la intención de ir directamente á *Elora* ; allí existen famosos templos que deseo fotografiar.

Mientras decía esto, el joven acababa sus preparativos y colocaba su aparato ; después metía la cabeza debajo de un velo negro, para poner *el objetivo en el foco*, esto es, á la distancia conveniente para que la pequeña pagoda pudiera proyectarse con claridad en el punto que iba á ocupar la *placa sensible*. Se da este nombre á una lámina de vidrio, cubierta de antemano de ciertas preparaciones que la hacen á propósito para recibir y conservar la imagen de los objetos que van á reflejarse en ella. Tomó una de esas placas, encerrada herméticamente en una especie de cajoncito, pues no ha de darle la luz, y la introdujo en el aparato ; finalmente, retiró la tapadera que cerraba la abertura del objetivo y contó cierto número de segundos. Entonces, juzgando que este tiempo era suficiente para que la placa fuera

impresionada (recibido la imagen), cerró el objetivo y retiró de la máquina el cajoncito que contenía la placa.

— Espero que me habrá salido bien, dijo sentándose en las gradas de donde unos momentos antes había hecho quitarse á Miguel. Hubiera sido lástima que faltara este templo en mi colección.

Luego añadió :

— Si no me guarda V. rencor por mi falta de cortesía, venga á sentarse aquí, pues aun hace demasiado calor para abandonar el refugio que estos árboles nos ofrecen.

Fotografía. — Procedimiento mediante el cual se fija una imagen con ayuda de la luz.

Una de las piezas principales del aparato fotográfico es la *cámara oscura*. Llámase así una caja, completamente cerrada, en una de cuyas caras está incrustada una *lente* ó vidrio de aumento, parecido al de una linterna mágica, y en cuyo fondo van á pintarse los rayos después de atravesar la lente. La invención de la fotografía se debe á los franceses *Nicéforo Niepse* y á *Daguerre*. Los primeros resultados fotográficos fueron obtenidos por éste, que inventó la fotografía en placas metálicas que por ese motivo se llamaron *daguerreotipos*. Más tarde, el inglés *Talbot* inventó la fotografía en papel, única usada hoy, pero que exige una primera operación en placa de vidrio.

LXXXVII. — EL RELATO DEL RUSO. — EL CÁUCASO.
LA PERSIA. — LA TARTARIA.

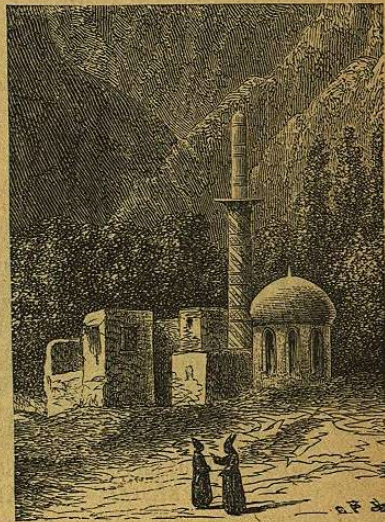
Miguel no se hizo de rogar y al cabo de diez minutos los dos jóvenes hablaban como si se hubiesen conocido toda la vida. Miguel sabía que su nuevo camarada era ruso y que había estudiado la pintura. Iván (este nombre es Juan pero se le pronuncia Iván por haber conservado su antigua ortografía) Iván Panicheff tenía sin embargo gustos aventureros y recorrió todo Rusia, hasta las orillas del Mar Carpio. Allí se reunió con una caravana y marchó á *Persia*, donde compró terciopelos, paños, armas de fuego, chales, ensencias de rosa, y tapices que reven-

dió con gran beneficio en *Samarcanda*, principal población de la Tartaria.

Samarcanda está actualmente unida con Europa por medio de un camino de hierro, cuya construcción ha sido un acto asombroso, tanto por la naturaleza del país, que no presentaba ningún recurso para los trabajadores, cuanto por la rapidez con que se le ha hecho ; pero cuando Iván llevó á cabo su expedición, el ferrocarril no existía aún.

El joven ruso visitó después de esto Cabul y el Afganistán.

— Desde allí, prosiguió diciendo, penetré en el Indostán, tomando por el desfiladero que los ingleses llaman *paso de Peschaver* y que está cubierto de reductos fortificados.



Monumentos en Persia.

— ¿ Por qué ?

— Porque los ingleses temen que los rusos invadan la India, y si tal fuera el intento de mi emperador, es indudable que seguirían ese camino, que fué en otra época el de Alejandro el Grande ; esta es la vía natural entre las montañas para ir del *Afghanistan* al *Indostán*. Repito, pues, que tomé por este paso y penetré en el delicioso valle de *Cachemira* ó de *Srinagar*, situado al pie del *Himalaya* y entre dos vertientes de éste.

Los montes Himalaya, cuyo nombre significa en lengua india *morada de la nieve y las heladas*, son las montañas más altas del globo. Forman una cordillera de dos mil quinientos kilómetros, que se extiende al norte del Indostán y separa esta región de *Tartaria* y de *China*. Su principal pico es el *Everest* ó *Gaurisankar*, que tiene ocho mil ochocientos cuarenta metros de altura. En esa cordillera nacen los grandes ríos de la India, de Indo-China y de China.

— La ciudad de Cachemira, que era en otro tiempo residencia veraniega del *Gran Mogol*, ve reflejarse en azulado lago sus blancos palacios y sus arboledas, añadió Iván. En el estío se disfruta allí de fresco delicioso, y los ríos que descienden de las montañas inmediatas conservan perpetuo verdor.



Gaurisankar.

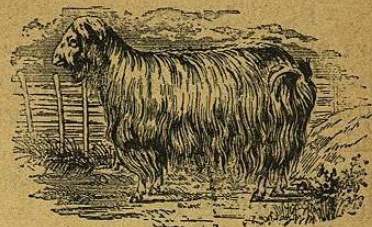
En ese punto fabrican, con la sedosa lana de una *cabra del Tibet* esos tejidos llamados *cachemires*, que tan caros se venden entre nosotros. He visitado uno de los talleres en que los hacen; cuántos infelices trabajan porque una gran señora cubra sus hombros con un costoso cachemir! También es verdad que sin el capricho de la dama los obreros no tendrían ocupación.

— ¿Adónde fué V. después? preguntó Miguel.

— Á *Lahore*, en el *Pendjab*; al contemplar los magníficos monumentos de esa ciudad se me ocurrió dedicarme á tomar vistas fotográficas; esto me pareció preferible á pintar malos cuadros.

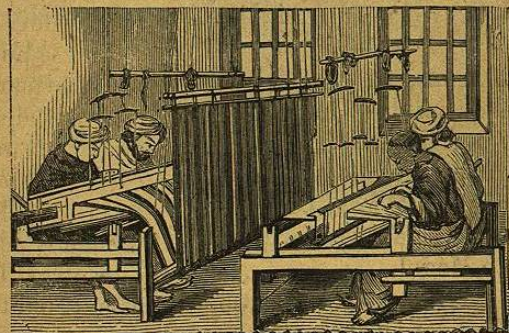
¡Qué ciudad! ¡Un cuento de hadas! El día de

mi llegada había gran fiesta y toda la gente estaba vestida de blanco y empolvada con polvos color de rosa. Esto no quita para que la ciudad sea muy industrial. Además de los chales, hacen allí hermosas alfombras, que compran en grandes cantidades los comerciantes de Europa y América.



Cabra del Tibet.

Tuve ocasión de ver la tumba de *Runjet Sing*, uno de los últimos reyes de *Lahore*, que con ayuda de un general francés logró extender su dominación



Obreros tejiendo cachemires.

á toda la provincia. Este sepulcro es uno de los monumentos más hermosos de la ciudad. Ya le enseñaré su vista fotográfica, así como otras que hice en *Amristar*, punto no muy distante de *Lahore*, en *Agra* y en *Delhi*.

LXXXVIII — DELHI. — LA REBELIÓN DE LOS CIPAYOS.

— La ciudad de *Delhi*, siguió diciendo el ruso que era muy locuaz y que estaba contentísimo de tener un auditorio, ha decaído mucho del esplendor que tuvo cuando era capital del Gran Mogol. Parece que entonces se componía de tres ciudades amuralladas que ocupaban espacio considerable y que contaban dos millones de habitantes. Entre otras muchas maravillas, había allí un palacio sostenido por mil columnas de mármol.

Hoy está derruido, como cuantos llenaban de orgullo á *Delhi*; pero esas ruinas presentan aún magnífico aspecto. Tales son las de la *Gran Mezquita*, la más bella de la India y las de la *mezquita de las Perlas*. La sala principal de la Gran Mezquita servía en las audiencias solemnes de los embajadores extranjeros y estaba adornada con mosaicos hechas por un artista francés, *Antonio de Burdeos*. Como cosas más notables se citan dos pavos reales de piedras preciosas, con la cola abierta, y que eran admirables. Esas aves formaban el espaldar del trono del Gran Mogol.

— ¿ Los ha visto Vd? preguntó Miguel.

— ¿ No; pero *Tavernier*, viajero francés de la época de Luis XIV los ha descrito. Estos dos riquísimos mosaicos fueron confiscados por *Nadir Shah*, rey de Persia, que invadió la India en 1740, apoderándose de *Delhi* donde reunió inmenso botín.

Delhi volvió á ser devastada en 1857, cuando la *rebelión de los cipayos*, de que tal vez ha oído V. hablar.

— No, contestó Miguel.

— Fué un acontecimiento terrible, que estuvo á

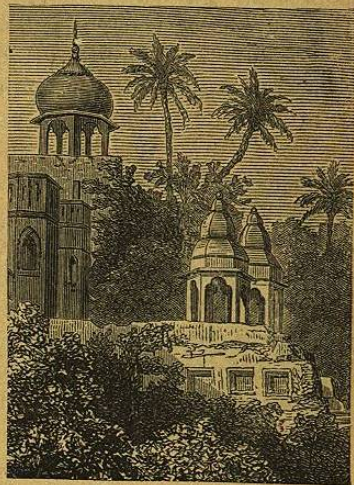
punto de acabar con la dominación inglesa en la India.

La Gran Bretaña podía creer desde 1858 que su imperio en esta península estaba definitivamente consolidado; parte del país le pertenecía, y el resto se hallaba en manos de soberanos tributarios, que apenas tenían sombra de autoridad. Así las cosas, quiso el gobernador general de la India anexionar injustamente el reino de *Uda*, uno de esos estados, en 1857.

Inmediatamente se alzaron en armas los *cipayos*; dase este nombre á las tropas indígenas que forman parte del ejército inglés.

— ¿ Como en Francia, donde se llama *turcos* á los árabes que figuran en el ejército?

— Exactamente. Los rebeldes se apoderaron de *Delhi*, mataron á multitud de europeos y saquearon sus establecimientos. El movimiento estalló á la vez en toda la península; en los más distantes puntos se rebelaron las tropas indígenas y asesinaron á los ingleses que por su reducido número no pudieron defenderse eficazmente. Poco á poco se organizó sin embargo la resistencia. Los ingleses volvieron á tomar *Delhi*; después de dos meses de sitio y un bombardeo de seis días. No obstante esto, la sublevación duró dos años más.



Pagoda indostánica.

LXXXIX. — EL OPIO.

— Al salir de Delhi, siguió diciendo Iván, tomé el camino de hierro hasta *Bombay*, parándome cada vez que era necesario, sea para sacar vistas, sea para fijar las pruebas y mandarlas á *Moscow*, donde las han acogido muy bien.

He atravesado parte del *Radjeputana* y del *Marwar*, Estados tributarios cubiertos de bosques y de campos de arroz, de trigo, de tabaco, añil y caña dulce; pero cuyo principal venero de riqueza es el opio. Desde allí expiden á China é Indo-China grandes cantidades de este artículo.



Fumadores de opio.

— ¿ Por qué lleva el opio ese camino con preferencia á otros cuando los boticarios del mundo entero lo venden y los médicos

lo recetan? preguntó Miguel.

Porque en China se usa el opio, no para curar las enfermedades, sino para sumirse en una especie de embriaguez, análoga á la que provocan el vino, el aguardiente y el tabaco; pero mucho más funesta todavía, por ser el opio un veneno violento.

— ¿ Y cómo es que lo venden? replicó Miguel; el emperador chino debería prohibir que lo introduzcan en sus Estados, á no ser como medicamento.

— Ha hecho todo lo posible para evitarlo; pero lo han obligado á conceder entrada libre á dicha mercancía.

— ¿ Lo han obligado? ¿ Quién?

— Los ingleses, que tenían interés en ello. El terreno y el clima de la India son extremadamente á propósito para el cultivo de la adormidera, y á los ingleses les parecía duro no sacar partido de estas condiciones, cuando la afición de los chinos les proporcionaba excelente mercado. Así pues, continuaron llevando opio á China, sin hacer caso de las órdenes de su soberano; entonces el gobierno de éste tomó medidas severas. Los europeos que habitaban en el puerto de Cantón fueron presos y amenazados de muerte, si no entregaban sus cargamentos de opio. La Gran Bretaña declaró la guerra y China tuvo que ceder.

XC. — ¡ ADIÓS LA ROPA!

— Me parece muy mal la conducta de los ingleses, dijo Miguel.

— Lo mismo creo yo, replicó Iván; pero dejando esto á un lado, pongámonos en camino, que se hace tarde. — Pero, añadió ¿ dónde está mi chaquetón?

El joven se lo había quitado, dejándolo en el suelo con su sombrero, para trabajar con más comodidad, y por más que buscaba en torno suyo, no lo descubría.

— Allí está, gritó Miguel.

El ruso miró en la dirección indicada y vió en lo alto de la pagoda un cuerpo que hacía muecas y que llevaba puestos su chaqueta y su sombrero.

— Ah miserable ladrón; dame mi ropa, pedazo de pillo, dijo el ruso.

El pedazo de pillo era un mono que no se daba por aludido y que se contoneaba en lo alto del templo, muy satisfecho de sí mismo al parecer. Nuestros amigos trataron de hacerle entregar los

mencionados objetos ya con palabras suaves, ya amenazándolo y al fin, viendo que no conseguían nada empezaron á arrojarle piedras, ramas y cuanto pudieron encontrar; pero el condenado parecía reírse de ellos.

— Tenemos que andar con cuidado, no vayamos á matarlo, dijo Iván, pues todos los animales, nocivos ó no, son sagrados para los indios. Evitémonos algún disgusto... Sin embargo, no puedo irme como estoy.

Miguel recordó de pronto el medio empleado por Zimbo, en una circunstancia análoga. Así que vió que el mono lo miraba, se quitó vivamente su chaqueta y su sombrero y los tiró con fuerza al suelo. Inmediatamente el machango lo imitó para echárselas de hombre, y antes de que el ruso se hubiera dado cuenta de las cosas, caían los objetos á sus pies.

— ¡Qué buena idea ha tenido usted! gritó Iván riendo á carcajadas, mientras se vestía; sin ella, no sé cómo me las hubiera gobernado.

Le debo un cirio pascual.

— ¿Y V. se vuelve á Bombay? añadió.

— No, contestó Miguel; espero encontrar un *bungalow* (albergue costado por el gobierno inglés) no lejos de aquí y pasar en él la noche.

— ¿Por qué no regresa V. á la capital?... Sin embargo, continuó Iván, no debo meterme en lo que no me importa. Sin duda tiene V. sus motivos.

— Sí, replicó Miguel con tristeza. — Pero luego, temiendo que no fuera su compañero á creer que había cometido alguna mala acción, refirió lo que le había ocurrido.

Tiene V. razón, contestó Iván y en su lugar habría hecho yo otro tanto. Pero se queda sin empleo... Pues bien, véngase V. conmigo; trabajare-



¡Adiós la ropa!

mos en sacar mis vistas. Muchas veces he pensado buscar un auxiliar, pero hasta hoy no había encontrado sino ingleses, y ya sabe V. que ellos y los rusos se llevan como perro y gato.

— ¿Por qué?

— Porque, según le he dicho antes, los ingleses tienen la idea de que los rusos desean penetrar en el Indostán y destruir su imperio asiático; pero dejémoslo. ¿Quiere V. venir conmigo? Le aseguro que ganaremos bien nuestra vida. Á menudo tengo que dejar de hacer muchas cosas porque me falta una persona que me ayude. ¿Acepta V.?

En la posición de Miguel era demasiado ventajosa la proposición para rechazarla. Así fué que una hora después, ambos amigos se encontraban instalados en un pequeño *bungalow*, y al rayar el alba de la mañana siguiente, tomaban el tren que debía conducirlos á *Elora*.

XCI. — ELORA. — UN TEMPLO DE UNA SOLA PIEDRA.

Como *Elora* está situada á cierta distancia de la estación, los dos jóvenes alquilaron una de las pequeñas carretas tiradas por bueyes, que se usan en el país, y fueron á visitar los templos derruidos que son célebres en toda la India. Iván quería tomar vistas de ellos.

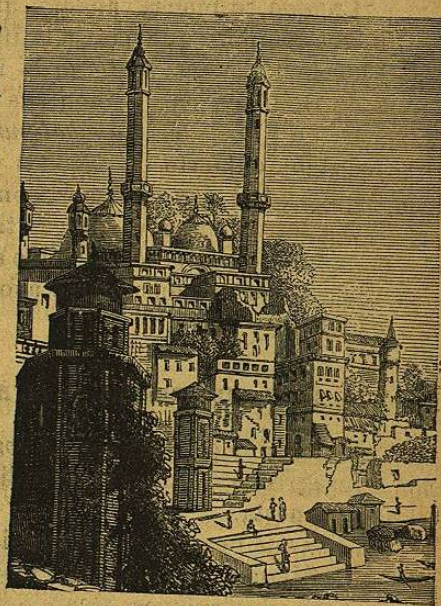
— ¡Cuánta piedra ha habido que reunir aquí! exclamó Miguel al llegar, cuando un guía los llevó delante de un edificio de figura piramidal truncada, y que no obstante los estragos del tiempo conservaba aún imponente majestad.

— En mi país preguntan en broma, contestó Iván, cuántas escaleras se necesitarían para ir de la tierra á la luna, y la respuesta es que basta una con tal de que tenga tamaño suficiente. Lo mismo

pasa aquí. Ha bastado una piedra para construir este edificio y los que están en torno suyo. La piedra era de tamaño suficiente.

— ¡Una piedra! ¡Nada más que una! dijo Miguel. ¿Cómo se explica?

— Todos los templos de *Elora* son *monolíticos*, esto es, trabajados en un solo trozo de piedra, trozo que es la montaña misma, la cual ha sido tallada, vaciada, excavada, esculpida, cincelada. No sólo se han practicado en ella subterráneos, sino que se han practicado además esas anchas vías á cielo abierto que separan unos de otros los templos. Ha sido prodigioso lo que ha habido que



Un palacio de la India.

extraer de piedra; nosotros no vemos sino parte de esas construcciones, que se extienden tres ó cuatro kilómetros debajo de la montaña.

Más admirable todavía que la magnitud de esos edificios es su belleza. Mirad esas hileras de animales fantásticos, elefantes, leones, tigres, agrupados en diversas actitudes y que parecen sostener estas murallas. Es prodigiosa la manera como esos balcones, esos pabellones y esos obeliscos han sido tallados. En esa